

«La ola de proteccionismo, dirigismo y keynesianismo viene asomando...»



Dr. Gustavo Daniel Di Paolo/Dra. Ana Cecilia Broitman

Un contexto de incertidumbre y de desaceleración económica que promete dilatarse...

En los fines de 2001, el contexto internacional nos muestra un marcado debilitamiento económico.

Históricamente, las desaceleraciones económicas sobrevivieron como consecuencia de intervalos de endurecimiento y de agudización de la política monetaria, los cuales siguieron a atisbos de presión inflacionaria. Es por ello, que este no se constituye en un ciclo económico tradicional y fácilmente explicable. Los consumidores en general fueron pioneros en este ciclo, al reducir sus gastos en respuesta a los elevados niveles de tasa de interés, pero en esta oportunidad el sector corporativo económico inauguró el ciclo referido.

La sobreinversión desmedida durante la década del 90 (sobre todo a fines de ella), impulsó a las empresas a limitar sus inversiones de capital. Este efecto, acompañado de una reducción de gastos por parte de los consumidores, provocaron una depresión económica inevitable.

La cuestión es descifrar si el cambio tecnológico contemporáneo, originó un cambio estructural y no cíclico en la productividad y la rentabilidad, o si en cambio produjo problemas de carácter cíclico manteniendo vigentes las mejoras estructurales acaecidas.


El temor a la recesión de la principal locomotora mundial (EEUU), deriva hoy en un hipotético peligro adicional: una recesión mundial derivada del estallido de una burbuja tecno-

lógica y de un impacto del alza de precios en la energía.

Es inviable pensar en sumar dosis mínimas de justicia y equidad en el capitalismo global, sin efectuar una transferencia y una redistribución de ingresos también "global". Un intento por esto lo produjo el Primer Ministro Francés Lionel Jospin al ejercer una enérgica defensa del denominado "impuesto Tobin", a lo que sobrevivieron diversas resistencias y rechazos a gravar el flujo de los capitales improductivos (limitando el juego especulativo internacional) y colaborar por ende, con los países en vías de desarrollo.

Es inviable pensar en sumar dosis mínimas de justicia y equidad en el capitalismo global, sin efectuar una transferencia y una redistribución

Este intercambio financiero internacional (transacciones entre las diferentes monedas del mundo) ha crecido hasta alcanzar un promedio de 18 mil millones de dólares por día, en comparación con la insuficiente cantidad de inversiones productivas y del nivel del comercio mundial de bienes y servicios que llega apenas a 7.000 millones de dólares anuales. Al apli-

•••••
 Coordinadores del Departamento de Relaciones Económicas Internacionales del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata (IRI - UNLP).
•••••

carse un impuesto a esta actividad especulativa de corto plazo podrían liberarse recursos que los gobiernos utilizarían para solucionar problemas domésticos estructurales (como programas de asistencia social). No obstante, esta opinión goza de fuertes limitantes que la hacen en la práctica inaplicable.

Lo curioso es resaltar, que tras los atentados terroristas, temas catalogados de "tabú" hace algunos años (como la intervención estatal y el aumento del gasto público para expandir y reactivar la economía), están en el centro de discusión internacional en la actualidad.

El ataque terrorista del 11 de septiembre contra las Torres Gemelas en el World Trade Center en Nueva York, introdujo una alta cuota de incertidumbre acerca de una pretendida recuperación económica mundial, acercando la imagen del "fantasma" de la recesión mundial. No se pueden evaluar tampoco los efectos de corto y largo plazo sobre los precios de las acciones y los rendimientos de los bonos, y en referencia a la solidez de la estructura financiera internacional. También son inciertas las derivaciones directas e indirectas sobre la producción total y la futura evolución del nivel general de precios a nivel mundial.

Los ciclos económicos en general son influenciados por un conflicto bélico, alterando en forma basamental la economía de orden civil. La guerra puede provocar que las economías de los gobiernos intervinientes tengan un crecimiento repentino y súbito, debido a que en el corto plazo puede acrecentarse el nivel de empleo derivado de un aumento inducido de la

tasa de inversión y del gasto de los consumidores. Si a esta variable le sumamos la posibilidad de un aumento del presupuesto militar y de defensa de los países de la OTAN por ejemplo, la inversión y el desarrollo de la industria militar pueden desembocar en la deseada expansión económica (como ya ocurrió en ocasión de la guerra de Vietnam). Esta hipotética situación se contrapone con el constante debilitamiento de los precios mundiales de los valores financieros especulativos, y de un probable shock adverso por el aumento de los precios del petróleo, además de la innegable y moderada recesión de la economía estadounidense preexistente al suceso del 11 de septiembre. Completando este análisis, la conducta de los consumidores ante un estado de guerra, se torna impredecible.

Lo curioso es resaltar, que tras los atentados terroristas, temas catalogados de "tabú" hace algunos años (como la intervención estatal y el aumento del gasto público para expandir y reactivar la economía), están en el centro de discusión internacional en la actualidad. También se recalca la ineficiencia de la política de baja de tasas de interés para la reactivación económica, instrumentada por la Reserva Federal y acompañada por el Banco Central Europeo.

La opinión generalizada es que la desaceleración económica mundial recrudescerá y se hará más severa, a pesar del incremento en las partidas de gastos en materia de seguridad. Este estímulo fiscal (a través del aumento del gasto) que se constituyó en exigible a priori, convertirá presumiblemente al superávit fiscal estadounidense (160.000 millones de dólares previsto para el año 2002) en un casi seguro e inevitable déficit público (como producto del aumento en los rubros militares, de defensa y sanitarios).

La incertidumbre resulta un factor preocupante para los consumidores e inversores, de manera que el impacto del nuevo escenario internacional dependerá de la delimitación y del alcance que adquiera el conflicto: ¿quedará el régimen talibán sepultado y encapsulado?, ¿será Pakistán u otro país arrastrado a la contienda?, ¿habrá respuestas terroristas a los bombardeos y a la ofensiva norteamericana?. Las circunstancias coyunturales de orden bélico produjeron en el pasado una preliminar caída de los mercados (debido al pánico y a la incerteza), pero luego sobrevino una paulatina recuperación de los mismos (como en los casos del bombardeo a Camboya de 1970, de la invasión norteamericana a Panamá en 1989, y de la invasión de Irak a Kuwait a fines de 1990). Es decir que la depresión y la desaceleración económica, precedieron al repunte bursátil en la economía por el estímulo de la industria militar o por el exacerbado entusiasmo de los mercados.

Como se expuso anteriormente, la economía mundial estaba en pleno declive antes de los sucesos terroristas del 11 de septiembre, con la posibilidad latente de una entrada simultánea y sincronizada a la recesión por parte de la tríada: EEUU, Japón y Europa (aunque esta última en menor grado).

Como consecuencia de lo referido, algunos intelectuales están tendiendo a alejarse del pensamiento puro de economía de mercado, entendiendo que el libre mercado no lo resuelve todo.

Ante el monetarismo extremo, se impone una suerte de "inyección fiscal"

Cada vez es más creciente la postura que duda de la infalibilidad del mercado y de las políticas de los bancos centrales, resaltando la eficacia de la política fiscal como instrumento

para el manejo de la demanda, la capacidad intrínseca de los mercados financieros para generar crisis, y el relevante valor económico de la inversión pública; y rechazando las nociones conservadoras del ofertismo, libre mercadismo y monetarismo, ecuación fiscal extrema, consideración de los mercados financieros como proveedores exclusivos y perfectos del capital, y manejo de la demanda por parte de la autoridad monetaria. Además está de moda la idea de recurrir a la política fiscal como elemento estabilizador de la economía. Es inviable y remota la posibilidad de que la economía mundial actual pueda absorber un superávit desmedido de inversiones, sin caer luego en un progresivo y paulatino debilitamiento económico (producto de la desaceleración del ritmo tecnológico y de los índices de productividad). Hasta algunos se atreven a proponer una inyección keynesiana de gasto público que reactive la economía (se divisa a la industria armamentista como un factor funcional a este objetivo).

Con los sucesos del 11 de septiembre, las esperanzas de que se manifieste una leve recuperación en el corto plazo del crecimiento de EEUU, prácticamente están abortadas. Pero este efecto ejercería una presión bajista sobre las tasas de crecimiento económico de Europa, del Sudeste Asiático, de México, de Canadá y de América Latina en general. Si Wall Street experimentara una caída ininterrumpida y prolongada, los mercados financieros de Londres, Tokio, Madrid, Milán, París, Seúl y México sufrirán el contagio y acusarán el golpe de efecto. Cualquiera fuera el rumbo del PBI mundial, la perspectiva de tono realista respecto del nivel de crecimiento de las ganancias es definitivamente pesimista y deprimente.

Equivocadamente la Administración Bush, no abandonó todavía la aspira-

ción de una política de dólar fuerte (a pesar de las presiones y gestiones internas del conglomerado industrial norteamericano que pugna por un dólar más bajo).

La preocupación internacional es que EEUU está tratando de instrumentar un programa "anti Organización Mundial del Comercio" que determina cupos de importación de acero, limitando el exceso de producción e incrementando consecuentemente el margen de los precios. Con esta perspectiva no es difícil esperar que la Administración Bush adopte políticas aislacionistas y de inevitable proteccionismo comercial.

El verdadero desafío para la economía mundial es pensar cómo restaurar y reestablecer la confianza de los consumidores y mercados lo antes posible, y aplicar la innovación y la capacidad tecnológica para absorber los costos adicionales de la guerra (sobre todo desde la óptica del grupo de los 7).

Los 350.000 millones de dólares que los gobiernos de los países centrales asignaron para intentar otorgar mayor liquidez a los mercados financieros, no fueron suficientes. Esta política es "impotente" cuando se busca amortiguar el impacto económico originado por los atentados terroristas en Nueva York y Washington. La incertidumbre sobre el futuro de la economía mundial, llevó a los países más industrializados del planeta a aplicar programas de intervención decidida en los mercados financieros, abandonando el tan pregonado libremercado (las autoridades monetarias de EEUU, la Unión Europea y Japón se encuentran transfiriendo capital a los mercados para seducir a los consumidores y a los inversionistas).

En correlato con estos intentos, la Casa Blanca y el Congreso norteamericano, consideran la puesta en práctica de un esquema de emergencia consistente en bajas de impuestos y aumento del gasto por más de 75.000 millones de dólares (equiparable a la inyección de fondos en el inicio de la guerra de Vietnam). Sin embargo, a pesar de este plan de estímulo, no se pierde de vista que deben concentrarse los esfuerzos en aumentar el componente autónomo e inducido del consumo y de la tasa de inversión, tratando simultáneamente de evitar la reducción de las ganancias de capital que propicien la liquidación de bonos y acciones.

El verdadero desafío para la economía mundial es pensar cómo restaurar y reestablecer la confianza de los consumidores y mercados lo antes posible, y aplicar la innovación y la capacidad tecnológica para absorber los costos adicionales de la guerra (sobre todo desde la óptica del grupo de los 7).

Con una caída progresiva del PBI de la primera potencia mundial (Estados Unidos) la aspiración de lograr una tasa de expansión cercana al 3% en la economía estadounidense, se torna cada vez más inalcanzable.

Si a esta alternativa, le adicionamos la persistente recurrencia a una política de recorte de las tasas de interés a fin de fomentar el crédito y el consumo, la política monetaria ha quedado con casi nulo margen de maniobra. Por todo lo expuesto, la expansión económica de EEUU para el 2002 se vuelve una deseada utopía. Nos preguntamos si llegó la hora de que aparezca en escena una política fiscal expansiva, no para beneficiar al sector financiero y al mundo de los negocios, sino para estimular el consumo postergado de las clases media y baja norteamericanas.

Por otra parte, la Unión Europea planteó la necesidad de intensificar

las operaciones y actividades de cooperación económica mundial, y la coordinación entre los respectivos bancos centrales para intervenir y acompañar con la provisión de fondos el desenvolvimiento de los mercados financieros. No obstante, esto no significa que se apoye a Washington en sus intentos de una política fiscal expansiva (ya que a su criterio lesionaría el equilibrio presupuestario y la garantía de unión monetaria al entrar prontamente en circulación tangible el euro).

La pretendida autosuficiencia de la Reserva Federal se derrumba como un castillo de naipes

Ante la arrogancia norteamericana de adjudicar a la Reserva Federal el papel único y preponderante de combatir la recesión mundial (haciendo recaer la desaceleración global en la política monetaria norteamericana), encontramos una postura moderada y cauta de la Unión Europea. En nuestra opinión, la Reserva Federal por sí sola no podrá efectivamente cumplir este objetivo.

Existen tres grandes potencias económicas en el mundo de hoy: EEUU, Europa y Japón. Cada una de estas poseen dos visibles recetas para atacar la depresión económica: la política monetaria y la política fiscal. Mediante el primer instrumento se puede recurrir a la emisión de dinero y a la baja de las tasas de interés (como ya lo han instrumentado el Banco Central Europeo y la Reserva Federal). Si la opción se torna en favor de la política fiscal, se puede elegir una reducción impositiva y un aumento del gasto que fomente la reactivación económica (como lo ilustra el paquete de asistencia y emergencia de 75.000 millones de dólares propiciado por el gobierno norteamericano, que abarca 60.000 millones de dólares en baja de

impuestos y 15.000 millones de dólares en gastos adicionales).

La visión norteamericana imagina que Europa es incapaz de colaborar en el intento de combatir una caída económica repentina, dado que las instituciones de la unión económica y monetaria están diagramadas para aislar el efecto inflacionario, pero no están preparadas para adaptarse reactivamente a las supuestas amenazas de carácter económico. Si analizamos una política fiscal, los países europeos poseen una importante limitante como lo es la magnitud de sus deudas públicas y sus remanentes déficits fiscales (además el Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico de Europa impide concretamente todo gasto, inclusive de carácter transitorio).

Si nos enfocamos en el ejemplo de Japón, luego de una política de inversión de años en cuanto al rubro de obras públicas, actualmente tiene una deuda que representa un 130% del PBI, además de padecer el problema de envejecimiento de su población. La política monetaria tradicional llegó a una limitante en Japón, ya que las tasas de interés a corto plazo ya tienden a cero. Si el Banco de Japón quisiera recurrir a una medida no convencional, podría ir en dirección de apuntar a una tasa de inflación positiva (pero los asesores del Primer Ministro Junichiro Koizumi se han negado sistemáticamente, acentuando los reclamos de una política monetaria radical, y advirtiendo sobre las posibilidades de una espiral inflacionaria). Durante los últimos seis años, Japón fue un típico ejemplo de la "trampa de liquidez keynesiana" y de la imposibilidad de las tasas de interés de influir sobre el consumo o la inversión.

Luego de las secuelas presentadas en la posguerra, Japón había alcanzado durante el año 1950 un crecimiento económico que motivó que su PBI representara comparativamente el 2%

del PBI mundial. Cuarenta años después (es decir en 1990) alcanzó un crecimiento económico que significaba el 16-17% de la riqueza mundial (es decir que multiplicó el crecimiento de su economía 14 o 15 veces, experimentando el mayor aumento de riqueza de un país en toda la historia económica mundial).

Sin embargo, la economía actual del Japón presenta problemáticas estructurales, que serán descriptos a continuación: un déficit fiscal público significativo; una tasa de crecimiento de la Deuda Pública cada vez más elevada en referencia a su PBI (representa el 130% de su Producto Bruto Interno); un nivel de préstamos otorgados que se traduce en un 110% del PBI; una menor propensión al ahorro de las jóvenes generaciones; un nivel de desempleo en alza que alcanzó el 4,9% según las últimas mediciones; un envejecimiento de la estructura poblacional (con una baja tasa de natalidad); un caudal significativo de deudas incobrables o pendientes de recupero otorgadas al sector inmobiliario y privado en general; un déficit marcado en su Balanza de Pagos (sobre todo en su Cuenta Capital).

Si bien el nivel de déficit de Deuda Pública tiene una tendencia ascendente, ésta sólo representa el 2% del total de sus Activos líquidos (20 billones de dólares), que se concentran fundamentalmente en depósitos bancarios (el 60% del total de Activos financieros). Este ahorro es sustentado particularmente por las generaciones que van de los 40 a los 50 años, y que intentan crear una previsión en referencia a su futuro.

A pesar del importante nivel de Deuda Pública, la tasa de interés de los bonos del Estado en Japón se mantiene en el 1,5% (frente a más del 10% existente en Argentina), constituyéndose aún hoy en el primer Acreedor en términos brutos a nivel mundial..

Ha aumentado el desembarco de inversiones extranjeras o inversiones directas externas en Japón, manteniéndose el nivel de inversiones directas que Japón realiza en otros países (fundamentalmente en las Naciones del Sudeste Asiático). Japón constituye uno de los dos países, con más de 100 millones de habitantes, que forman parte de la OCDE.

En cuanto a la preocupación por los préstamos otorgados a empresas del sector privado, Japón plantea tres alternativas a considerar para hacer frente a este problema: 1) reestructurar o reconvertir el Directorio de esas firmas; 2) condonar las deudas pertinentes; 3) o lisa y llanamente liquidarlas (opción convalidada y apoyada fervientemente por las empresas norteamericanas, que ven la inmejorable posibilidad de adquirir esas firmas a menor costo que su valor real de mercado).

Actualmente, se están buscando fusionar las posibilidades referenciadas y aunar criterios en la formulación de una solución combinada (en función de los costos e impactos que producirá la decisión de liquidar las empresas, debido al aumento considerable experimentado por la tasa estructural de desempleo).

Por otra parte, en Japón se ha derrumbado el mito de "empleo para toda la vida", ya que la merma en el nivel de actividad, en el crecimiento industrial y en el PBI, ha originado una inseguridad en el segmento de la población económicamente activa (que se traduce en un aumento visible del nivel de suicidios en la generación comprendida entre los 40 y 50 años).

Otra variable a considerar, es el desfinanciamiento progresivo del sistema previsional o de seguridad social, descontando a las jóvenes generaciones de trabajadores más, comparativamente, de lo que percibirán como retiro o jubilación en el futuro mediato.

Los trabajadores actuales están solventando el elevado valor absoluto de jubilaciones de la clase pasiva. Por lo expuesto, se observa claramente una transferencia de ingresos dentro del aparato económico-social y previsional.

Pero existe una preocupación prioritaria referida a la capacidad de ahorro de las futuras generaciones, ya que las generaciones impulsoras del ahorro (de la brecha de 40 a 50 años) se jubilarán al cabo de 10 a 20 años, con lo que se prevé una relevante merma en la propensión marginal al ahorro de los próximos 20 años (inducida por el menor apego de las jóvenes generaciones, y una mayor propensión de las mismas al consumo).

Es cierto que un aumento del consumo en el futuro por parte del sector más joven de la población, inducirá y estimulará la reactivación y la recuperación económica del Japón, pero también una menor tendencia al ahorro originará problemas endémicos de financiamiento.

En cierta medida podemos expresar que Japón se estuvo financiando con capital propio (el volumen de ahorros canalizados por los depósitos bancarios de la población, que determina un índice de ahorro del 27% frente al 17% de capacidad de ahorro argentina), más que con capital ajeno o de terceros, por lo que en definitiva el sector público japonés a través de la deuda fiscal le "debe" a su propio pueblo.

Si bien existe en la actualidad, una cierta orientación de inversiones mediante la compra de acciones y bonos públicos a través de internet, el pequeño ahorrista o inversor japonés sigue canalizando su inversión a través de los depósitos bancarios.

El aumento repentino del déficit fiscal experimentado en los últimos años, se debe esencialmente al financiamiento del sistema financiero e inmobiliario privado por parte del

Las tres mayores economías del mundo están retrocediendo peligrosamente y en forma simultánea, lo que podría originar un caso inédito: que los tiempos de globalización imperantes convivan con una recesión sincronizada en los países centrales que influya negativamente en las zonas más débiles del contexto mundial, y que se retroalimenta por la integración de los flujos comerciales y financieros.

Estado, además de un intento instrumentado por el gobierno consistente en llevar a cabo una política fiscal expansiva a través de un aumento del gasto público, tendiente a evitar la recesión y aumentar el nivel de actividad económica.

Otro parámetro macroeconómico a citar, es el insignificante nivel de rentabilidad en los proyectos de inversión emprendidos en forma privada. La incorporación excesiva y desmedida de capital, desembocó en tasas de rentabilidad en muchas ocasiones negativas, y en tasas de interés tendientes a cero. Es por ello, que Japón decidió la transferencia de tecnología a través de las inversiones directas externas en otros países (fundamentalmente dirigidas a los vecinos de la región); esta dispersión de capital ("destrucción de capital" en términos económicos) fue motivado por la intención de lograr un aumento decidido de la tasa de rentabilidad.

A todo este panorama, debemos adicionarle la competencia económica y comercial planteada por otras naciones, entre ellas una potencia regional primaria como China. Por esta razón, Japón volcó muchas de las inversiones hacia las Naciones del Sudeste Asiático, diversificando la dinámica económica no sólo dentro del mismo Japón, sino movilizándolo el

proceso de la economía japonesa hacia otros países (implantando una división del trabajo con las Naciones de la región del Sudeste Asiático).

El consenso popular con que cuenta el devenido Primer Ministro japonés, plantea un entorno favorable para las medidas de reestructuración económica implementadas por el gobierno. Este plan de reformulación de la economía, aspira a emular la reestructuración del proceso económico norteamericano (implementada paulatinamente durante los gobiernos de Reagan, Bush y Clinton, y que derivó durante la presidencia de este último en un floreciente y consolidado superávit fiscal).

Es indispensable encarar una drástica disminución del nivel de Deuda Pública, y poseer voluntad decisiva para recuperar deudas incobrables o implementar la liquidación traumática de las empresas privadas.

El éxito del plan de reforma instrumentado con un horizonte de diez años, se basa en forma sustancial en lo siguiente: en una rebaja del déficit fiscal; en fomentar la tendencia a la capacidad de ahorro; en un aumento del nivel de crecimiento económico a través de una evolución estable del consumo de la población (consolidando el valor de 33 mil U\$S de PBI per cápita registrado durante el último año); en una recuperación de la actividad que lleve hacia abajo la tasa de desempleo; en una disminución relativa de la tasa de crecimiento de la Deuda con respecto al PBI; en una preservación del nivel de los Activos financieros; en medidas que propicien la captación de inversiones externas o capitales extranjeros.

Y fundamentalmente, la esperanza de la economía japonesa está centrada en una reestructuración financiera, en una reformulación del mercado laboral, en un mejoramiento de la productividad, en plantear un aliciente a la competitividad externa, y en

una innovación tecnológica (con la incorporación de la mujer al proceso productivo) que desemboque en la creación y aplicación de nuevas tecnologías de punta, y de nuevos productos, que atenúen la ventaja competitiva relativa impuesta por EEUU en los últimos años.

Es oportuno resaltar que un fracaso del plan de reforma económica emprendido por el gobierno japonés, puede resultar o devenir en costos y derivaciones insospechadas, aunque existen pautas establecidas de recuperación económica que tornan optimista el escenario futuro.

La política de reducción impositiva de los EEUU se torna insuficiente y desestabilizadora de un futuro equilibrio fiscal y financiero

La Administración Bush está vencida que instrumentando un recorte impositivo o un aumento del gasto público temporario, revitalizará la economía. En contrario a esto, opinamos que lo mencionado no será de ninguna forma una solución estructural, ni siquiera una coyuntural, ya que estos recortes impositivos plantean una perspectiva financiera negativa en el largo plazo; por otra parte, la decisión de bloquear billones de dólares en futuros recortes impositivos no hace más que agudizar la depresión y recesión económicas actuales.

El mejor aliado de Bush, en cuanto a concepción y pensamiento, es Silvio Berlusconi quien también propicia una reducción impositiva y una flexibilización laboral. El tema está en evaluar si ciertos parámetros macroeconómicos de las finanzas italianas permitirán sobrellevar lo referido, ya que una tasa de desempleo estructural cercana al 9,5% y una deuda pública del 110% en referencia al PBI, se constituyen en relevantes limitantes.

Las tres mayores economías del mundo (EEUU; la Unión Europea que incluye a Alemania, Francia y Gran Bretaña; y Japón) están retrocediendo peligrosamente y en forma simultánea, lo que podría originar un caso inédito: que los tiempos de globalización imperantes convivan con una recesión sincronizada en los países centrales que influya negativamente en las zonas más débiles del contexto mundial, y que se retroalimenta por la integración de los flujos comerciales y financieros.

Lo concreto es que problemas en la sincronización de las principales economías mundiales, plantean temores e incertidumbres fundadas. En otra época, si el fenómeno de freno se concentraba en un país, éste podía trasladarlo a otras naciones y regiones. Es por ello, que EEUU cumplió el papel de locomotora económica mundial cuando simultáneamente otras zonas geográficas limitaban y deprimían el ciclo económico. Cuando EEUU experimentó la recesión en 1991, aún Japón y la región del Asia-Pacífico crecían sostenidamente.

Sin embargo, la recesión internacional actual no fue impulsada por una caída de la demanda sino por un fenómeno de sobreinversión o inversiones sobreexpandidas. Las recesiones relacionadas con las inversiones (muy típicas de los tiempos anteriores a la segunda guerra mundial), suelen ser más profundas, estructurales y duraderas debido al tiempo que tardan en purgarse los excesos financieros (producto de la explosión de una burbuja bursátil).

Por lo descrito anteriormente, es evidente que ni Europa ni Asia-Pacífico se encuentran en condiciones de suplir a EEUU en el papel de locomotora del crecimiento económico mundial, por lo que la preocupación generalizada es plenamente justificada. Consecuentemente con esto, cualquier esperanza de recuperación que se di-

vide en la eurozona y en el cordón del Pacífico, podría ser abortada por un profundo debilitamiento de la demanda estadounidense de importaciones extranjeras, por una preocupante depreciación del dólar estadounidense, y por una caída esperable del factor total de productividad.

La pregunta que enfrentan los inversores está relacionada a si las reducciones agresivas en las tasas de interés alcanzarán para mantener incólume el nivel de inversión comercial y la tasa de demanda del consumidor futura, empujando consecuentemente el crecimiento de las ganancias corporativas. Si tomamos como hipótesis que existe una vinculación entre nivel de ganancias y crecimiento, los inversores no pueden esperar aún una recuperación y una reactivación, ya que de ser exitosa la política de reducción de tasa de interés en primer término sobrevendrá un tiempo de debilidad manifiesta, para luego intentar el comienzo de una reactivación en razón de las agresivas bajas en los tipos de interés.

Otro interrogante es determinar si EEUU ha alcanzado el punto más bajo de su desaceleración, o si no ha superado aún el piso de depresión económica.

Otros indicios de la economía norteamericana, lo constituyen el aumento desmesurado del porcentaje de créditos incobrables, los costos laborales (de la seguridad social), y el nivel de endeudamiento para financiar el gasto en consumo. Se espera que la debilidad visible en el mercado laboral anule las presiones sobre los costos compuestos por salarios y beneficios, además de presentarse la posibilidad del desvanecimiento de las presiones inflacionarias sobre los costos laborales que permita a la Reserva Federal un mayor grado de maniobra o libertad en el proceso de toma de decisiones (en referencia a la reducción de las tasas de interés).

La desaceleración económica norteamericana y su efecto "cascada" o dominó sobre las economías de los países centrales

El impacto de orden directo del menor crecimiento del nivel de importaciones de EEUU, afectará en forma negativa el crecimiento de la Unión Europea. No se descarta una reacción de mayor gravedad en la zona europea si el deprimido índice de ahorro de EEUU, y su elevado déficit de Cuenta Corriente, originan un ajuste más duro en el tipo de cambio y en los mercados financieros y de valores.

EEUU está convencido que la Unión Europea debe adjudicarse un rol más activo y preponderante para impedir que el freno o la desaceleración económica americana repercuta sobre el resto del mundo, mientras que en la opinión europea se argumenta el no acompañamiento del Banco Central Europeo a las políticas de baja de tasas de la Reserva Federal (como así tampoco la autoridad monetaria europea modificó la facilidad marginal del crédito y del depósito, decidiendo no abaratar el costo del dinero hasta que no mermen las presiones inflacionarias). Por otra parte, a modo ilustrativo, el mal momento de las economías estadounidense y japonesa influyen directamente sobre las empresas alemanas, francesas y británicas.

Abordando el análisis sobre otras de las grandes potencias económicas contemporáneas, China intenta acelerar la reforma estructural de su sector bancario, con el objeto de lograr mayor competitividad y estar preparada para una intensa competencia externa ante un eventual ingreso a la Organización Mundial del Comercio (OMC) antes de los finales del año 2001. El temor es que luego de la entrada al ente mundial de comercio, se produzca una profundización de la competencia entre

bancos extranjeros y chinos en depósitos y acuerdos internacionales (pujando por clientes y por el personal más calificado). Es fundamental la revisión de la estructura de los bancos estatales con problemas, adoptando un sistema moderno y actualizado de gerenciamiento, esquema regulatorio y legal, y un sistema estándar de contabilidad y monitoreo de orden internacional que atenúen la distribución del riesgo. Por otra parte, se persigue una liberalización gradual de las tasas de interés bancarias.

En la faceta comercial, China reclamó la cancelación de medidas severas de protección comercial instauradas por el gobierno japonés entre otros, frente a los productos chinos. Sin embargo, deben resaltarse dos sucesos notorios: el incremento del volumen de inversiones directas externas procedentes de Taiwán y una marcada caída de las exportaciones de Hong Kong.

La desaceleración económica se encuentra afectando el comercio exterior chino, ya que el impacto indirecto de la disminución del nivel de actividad económica internacional (y de EEUU en particular) deprime la demanda de algunos de sus socios comerciales relevantes (como las economías del Sudeste Asiático). No obstante esto, indicadores como la demanda agregada y los niveles de inversión y consumo, plantean perspectivas positivas para mantener un moderado crecimiento de la economía china. Por otra parte, su estructura de inversiones directas externas la hace permanecer casi aislada de los riesgos de una hipotética crisis financiera (ya que el mercado accionario no se encuentra abierto indiscriminadamente a los capitales extranjeros). A este panorama, hay que agregar una política expansiva de inversiones públicas, una política fiscal proactiva, un importante superávit de depósitos

bancarios, y un creciente potencial de inversiones privadas y capacidades de consumo (en desmedro de la diferencia significativa existente entre los ingresos y salarios urbanos y rurales).

Es oportuno resaltar que la actividad de la economía global está debilitada desde fines del año 2000, en razón de la política monetaria restrictiva de los Estados Unidos que produjo una intensificación de las presiones sobre la demanda, moderando y atenuando el nivel de crecimiento económico.

El freno en el crecimiento de la economía internacional, puede ser explicado de modo simplista a través de la desaceleración económica en los EEUU, la insuficiente recuperación de la economía japonesa, y el limitado nivel de crecimiento europeo y de algunos países periféricos o emergentes (los ajustes de las economías emergentes dependen extremadamente de la relevancia de las relaciones económicas con los países centrales, y en particular con EEUU).

La endeble recuperación japonesa está paralizada, ya que la desaceleración internacional junto con una crisis de confianza de los consumidores y con las anomalías estructurales del sistema financiero japonés contribuyen a lo expuesto. A este argumento debemos adicionarle la depresión manifiesta del consumo privado, la caída creciente de la demanda externa, la madurez del ciclo de la industria de tecnología de la información, la condición de vulnerabilidad del sistema financiero, la merma en la actividad de sus socios comerciales, la carencia de inyección de inversión pública para propiciar la reactivación, la disminución del precio de las acciones, y las pérdidas eventuales en los portafolios de los bancos y las compañías. También es menester citar la falta de transparencia fiscal y la agudización del déficit público. Por ello es que, para

Otro interrogante es determinar si EEUU ha alcanzado el punto más bajo de su desaceleración, o si no ha superado aún el piso de depresión económica.

lograr resultados palpables en la economía japonesa, se debe avanzar en políticas macroeconómicas de reactivación y reformas estructurales tanto en las corporaciones, como en la deuda pública y en el orden legal-impositivo.

Analícemos por un momento la última década, consignando que el rápido crecimiento de EEUU en contraparte con el nivel de crecimiento del resto del mundo (en particular Japón y Europa) así como el incremento sostenido del tipo de cambio real, acentuaron el déficit derivado. Lo referido, puede traducirse en un aumento del endeudamiento externo neto de EEUU y en una expansión de los niveles de tenencia de activos del país de Norteamérica en la cartera diversificada del resto de los mercados, lo que derivaría en un hipotético ajuste repentino en la Cuenta Corriente y en la apreciación del dólar, con los desequilibrios consecuentes de la economía global y de los mercados financieros.

De forma preliminar, se puede inferir que el volumen de comercio está atado y relacionado de manera directamente proporcional a la actividad económica y al nivel de tipo de cambio. Sin embargo, otros elementos influyen esta variable: variaciones en las posiciones relativas dentro del ciclo económico (por ejemplo, una merma en la tasa de crecimiento de los EEUU y el correlato de un aumento en Europa y Japón), cambios estructurales en las razones del crecimiento, el

incremento proporcional del PBI de la zona europea y de Japón en comparación relativa al de EEUU, y el ajuste gradual de la tasa de tipo de cambio (una depreciación del valor real del dólar estadounidense desde los niveles corrientes). Estas alternativas deben ser analizadas y ponderadas en virtud de resolver el déficit de corto y mediano plazo.

América Latina no se encuentra exenta de los efectos de la desaceleración

Consecuentemente, tampoco se desenvuelven en un escenario optimista, las economías de los países emergentes y periféricos. A modo ilustrativo, la economía real de Brasil se encuentra condicionada por la crisis económica argentina, por la presión inflacionaria, y por el aumento de la tasa de interés interna. Por otra parte, la reducción del crecimiento de la economía mundial liderada por EEUU, la paralización del ciclo de expansión de la economía local, la marcada dependencia del arribo de inversiones directas externas o capitales extranjeros, el agravamiento del déficit en la Cuenta Corriente de la Balanza de Pagos (saldo negativo de la Balanza Comercial durante los primeros meses de 2001), así como el problema energético condicionante de la actividad económica, hacen que Brasil enfrente una encrucijada difícil de sobrellevar (no muy distinta a las expectativas económicas argentinas).

Enfocando a otra economía representativa de Latinoamérica, podemos determinar que México se encuentra sufriendo un efecto contagio debido al debilitamiento progresivo de la economía estadounidense, lo que lo puede llevar a una profunda recesión (ya que en el marco del NAFTA, México coloca entre el 80 y el 90% de sus exportaciones en EEUU). La citada

dependencia comercial mexicana y el momento actual de la primer economía mundial, pueden significar un automático contexto de cierres de empresas y despidos masivos en el seno del país latinoamericano (con un lógico programa de ajuste). En contraposición con lo descrito, México posee una baja tasa de inflación y una moneda fuerte, habiéndole arrebatado a Brasil el título de ser la mayor economía de América Latina medida en dólares (aunque esta precisión implica un encarecimiento de las exportaciones y una pérdida de competitividad).

Una mera desaceleración económica en los EEUU derivaría en variadas consecuencias para los países de América Latina, pero una situación recesiva sería nítidamente perjudicial y negativa para la totalidad de los países del continente americano.

Sin embargo, los efectos contagio de la situación estadounidense no tendrían la misma intensidad para todos los países en general, ya que afectarían en mayor grado a México dada su cercanía geopolítica, pero con menor intensidad a Brasil y Argentina que hasta podrían beneficiarse ante una eventual reducción de tasas de interés en EEUU y un dólar más débil o depreciado.

No obstante, una contracción o depresión económica ejercería una mayor influencia, ya que podría atemorizar a potenciales inversores o compradores de activos latinoamericanos, restringiendo el acceso de la región a los mercados de capital. Por otra parte, una recesión desalentaría además la demanda de Commodities, presionando los precios de los mismos hacia la baja.

En referencia al caso chileno, se observan desigualdades sociales notorias, aumento progresivo de la tasa de desempleo (cerca a los 2 dígitos), y la imposibilidad manifiesta de estimular y reactivar el flujo de inversio-

nes a pesar de haber procedido a liberalizar el mercado financiero y a reducir la tasa de interés. Por otra parte, el crecimiento económico promedio del 7% durante la última década, contrasta con una brecha cada vez más evidente en referencia a la distribución del ingreso de los diferentes estratos sociales, y con la amenaza o peligro que representa la situación argentina.

En el contexto actual de globalización financiera, los márgenes de libertad y los fondos de maniobra de un país periférico se tornan altamente limitados, pero no desaparecen o se vuelven nulos (depende del grado de compromiso o inserción de cada país en dicha globalización).

Si evaluamos la situación argentina, los intentos por alcanzar el déficit cero parecen impracticables (por la baja constante de la recaudación tributaria explicada por el decrecimiento del nivel de actividad), cuando se recurre en forma insistente a ajustes fiscales (estructurales y no estructurales) y a la intensificación de la presión tributaria. Con casi 36 meses de recesión, un tercio de la población por debajo de la línea de pobreza, una estructura económica dependiente en un 90% del deprimido consumo interno, y necesidad de financiamiento externo acuciante para cerrar la brecha fiscal del último trimestre del ejercicio 2001, el panorama de la economía argentina se muestra desalentador y el fantasma del "default" permanece latente y vigente.

El reprimido nivel de actividad económica mundial condiciona en forma derivada el intercambio comercial de Argentina con el resto del mundo. No sólo el dilatado estancamiento económico afecta el comercio exterior, sino también el lento crecimiento de Brasil (el principal "cliente" o socio comercial de Argentina) y la parálisis de la economía estadounidense. Tanto las

En el contexto actual de globalización financiera, los márgenes de libertad y los fondos de maniobra de un país periférico se tornan altamente limitados, pero no desaparecen o se vuelven nulos (depende del grado de compromiso o inserción de cada país en dicha globalización).

exportaciones como las importaciones argentinas disminuyeron en el tercer trimestre del año, por lo que la Balanza Comercial argentina se torna acotada y deprimida pero con un leve superávit. Este saldo positivo está íntimamente relacionado con una fuerte baja de importaciones cercana al 20%, lo que constituye un ilustrativo indicador de la recesión que expresa la retracción de los agentes económicos locales de abastecerse de insumos y bienes de capital del exterior, así como una decreciente demanda interna por la caída abrupta del consumo de productos importados y una menor actividad industrial; mientras las exportaciones mostraron una baja del 1%. Es por ello, que el Balance Comercial superavitario obedece a la merma del nivel de importaciones, y no a un mejoramiento de los términos de la competitividad externa argentina.

La reactivación inmediata, el crecimiento sostenido con equidad social, el mantenimiento de la estabilidad monetaria, la reestructuración de la deuda (con la reducción consecuente de los servicios e intereses), una reforma tributaria que atenúe las falencias del sistema regresivo actual (gravando a los de mayor capacidad patrimonial), un estímulo a la reinversión en el país de las utilidades empresarias y una conciencia fiscal que torne espontáneo y no inducido el déficit público cero, son aspiraciones que deben ser canalizadas a fin de encontrar una

solución integral de largo plazo para la economía argentina.

La retracción del flujo comercial y el replanteo de los procesos de integración: sí al ALCA, pero desde el MERCOSUR y con ciertos condicionamientos

En cuanto al volumen del intercambio comercial mundial, nos parece demasiado optimista la previsión de la Organización Mundial del Comercio que estima un alza del 7% en el comercio mundial de bienes para el año 2001 (sobre todo citando lo expuesto anteriormente en relación a la desaceleración económica internacional).

Es por ello, que analizando las relaciones comerciales en general y la estructura de los procesos de integración en nuestra región, nos es imposible dejar de citar la cuestión ALCA – MERCOSUR que tipificamos como fundamental en cualquier razonamiento sobre esta cuestión.

El Acuerdo de Libre Comercio de las Américas tuvo dos cónclaves preponderantes durante el mes de Abril de 2001 (primero en Buenos Aires y luego en Québec) con la presencia de los Jefes de Estado de 34 países. A pesar de las manifestaciones contra el proceso de globalización, la Cumbre de Québec impuso en la agenda global de los países participantes la idea de un bloque de libre comercio continental. La mayoría de los países dieron su apoyo a los adelantos del acuerdo en forma general (con excepción de Venezuela, y con reparos de Brasil que intenta una negociación de tono amplia e igualitaria). EEUU sostuvo a México como modelo ilustrativo de las reformas económicas para los restantes países de América Latina, y asignó al NAFTA el rol de modelo de acuerdo comercial. A pesar de que la mayoría de las

naciones intervinientes, no estimularon de manera propicia el intercambio comercial, la voluntad explícita de apoyar el acuerdo es valedera (tal es el caso de la Comunidad Andina y también del CARICOM). Otro actor en esta ecuación es el MERCOSUR, que cuadruplicó el comercio entre sus países miembros pero que en la actualidad padece problemas relacionados con shocks externos (que impactaron negativamente contra los parámetros macroeconómicos de Brasil y Argentina) así como anomalías instrumentales y estructurales de gestión, presentadas en las instituciones que lo constituyen.

Brasil es quien tiene más dudas y cautela acerca del acuerdo marco, ya que aduce tener la economía más grande y diversificada, por lo que prefiere avanzar en forma gradual y sobre seguro. La condición fijada por Brasil para apoyar decididamente al ALCA, es que EEUU introduzca cambios en las normas antidumping y en las barreras no aduaneras y paraarancelarias, al igual que un compromiso explícito de reconsiderar la política de subsidios agrícolas. El temor generalizado es no poder competir con la primer economía mundial de manera digna e igualitaria. Las economías de Latinoamérica poseen déficit de inversión en infraestructura, y por otro lado, las empresas no encuentran un marco macroeconómico acorde que les permita encarar la innovación tecnológica. La carencia de competitividad completa la ecuación.

La postura argentina es de avanzar hacia el ALCA partiendo y negociando desde el Mercosur, lo que es refrendado por la posición latinoamericana (y más particularmente por Brasil). Otro punto de discordancia, es la cláusula (contenida en el NAFTA) que otorga a las corporaciones un status legal reservado a las naciones, lo que constituye una peligrosa expansión de las

atribuciones y capacidades de los inversores de carácter privado para utilizar los acuerdos comerciales para modificar las leyes locales. Si bien deben evaluarse la garantía, protección y seguridad jurídica de las inversiones, la regulación gubernamental se torna imprescindible.

Si analizamos la óptica norteamericana, vemos que su gobierno enfrenta presiones y controversias de orden interno en esta materia, ya que parte de la opinión pública sostiene que el ALCA implica una amenaza a sus fuentes de trabajo. Por otra parte, la urgencia de algunos sectores por el acuerdo obedece al progreso concreto de las negociaciones de ciertos países de América Latina con la Unión Europea. Consecuentemente, Bush impulsó y fomentó la suscripción de convenios de comercio bilaterales con Chile, para atenuar y aislar los intentos de vinculación entre el MERCOSUR y la Unión Europea.

EEUU pretende claramente llevar a cabo una negociación personalizada, bilateral, país por país. Brasil en cambio, desea negociar con la fuerza de un bloque o de un frente de naciones para intentar penetrar en el mercado estadounidense. La postura argentina es intermedia e irresoluta, no decidida, constituyéndose en un interrogante. Argentina estaría dispuesta a ingresar al NAFTA en la medida en que el MERCOSUR como bloque también lo haga, pero existe una objeción: como el MERCOSUR es comandado por Brasil y éste aspira a un proyecto económico y geopolítico no concordante con el NAFTA (y con EEUU en especial), la respuesta argentina a una eventual invitación norteamericana (como la efectuada sin éxito o luego convertida en propuesta trunca a Chile) será evasiva.

No obstante lo expuesto, la negociación en bloque con los EEUU está decidida (o por lo menos consensuada

por la mayoría). Algunos piensan que la consolidación de bloques económicos regionales predominará sobre la idea de constitución de un mercado continental, priorizándose al MERCOSUR como actor relevante en una hipotética integración hemisférica.

Los opositores al ALCA recalcan que este emprendimiento terminaría por destruir lo que queda del MERCOSUR. Además el acuerdo favorecería en exceso a las corporaciones estadounidenses, y se profundizaría la flexibilización laboral, la transferencia de recursos y el control de servicios públicos (como salud, educación y agua potable) en zonas donde aún no han sido concesionados o privatizados. En definitiva, el ALCA sería una mera prolongación del NAFTA.

Los defensores a la postura del ALCA, alegan hipotéticas ventajas empresariales y la decadencia asumida del MERCOSUR, creyendo que EEUU operará como coordinador y guía para facilitar la negociación.

Brasil está convencido que el proyecto debe ser integral, y debe aunar y conjugar los intereses de 34 países. EEUU sabe que no estar dispuesto a poner en el tapete de discusión temas como el de barreras no arancelarias, el de subsidios a la producción y el de acceso a los mercados, planteará inevitablemente un fracaso de las negociaciones (existen sin embargo indicios a través de Roberto Zoellick, negociador

La negociación en bloque con los EEUU está decidida (o por lo menos consensuada por la mayoría). Algunos piensan que la consolidación de bloques económicos regionales predominará sobre la idea de constitución de un mercado continental, priorizándose al MERCOSUR como actor relevante en una hipotética integración hemisférica

Pero si la retracción económica se apodera de la "locomotora" mundial, qué será de las economías débiles y emergentes que vienen en el "vagón de cola" sin posibilidad alguna de adoptar medidas autonomizantes e inconexas de los EEUU

clave por parte de EEUU, de aceptar la discusión de estos postulados).

En definitiva, Argentina debe llevar a cabo una estrategia de carácter multipolar, avanzando en negociaciones simultáneas con diversos bloques económicos regionales, no perdiendo de vista nuestros intereses nacionales más sensibles.

Lo que Clinton dejó bajo la alfombra, el transcurso del tiempo y los sucesos del 11 de septiembre se encargaron de no disimularlo...

Es evidente que el 11 de septiembre se constituyó en un punto de quiebre del proceso de las relaciones internacionales, del que la estructura económica y el intercambio comercial no están exentos.

Luego de los atentados, la necesidad imperiosa de los países centrales por reforzar su aparato de seguridad y defensa interior, los llevó a fijar claramente prioridades. Esto derivó en consensos por aumentar el presupuesto militar y de defensa, en desmedro de otras cuestiones internas y de otros referentes a la agenda internacional o global.

La asistencia financiera a los países periféricos (en particular los de América Latina) se tornó casi una panacea y un recuerdo del pasado. Tal es el caso estadounidense, país éste que irremediablemente tuvo que recurrir a un incremento de las partidas de seguridad y salud a la luz de los acontecimientos conocidos, y en respuesta a los reclamos y presiones internas más que a los lineamientos del contexto internacional.

El ala republicana más dura venía bregando en los últimos años por un alza decidida del presupuesto asignado al aparato militar, por lo que el suceso terrorista es la excusa perfecta para cumplimentar este fin.

Más allá del análisis político internacional de los móviles y aspiraciones satisfechas con el aumento presupuestario referido, esto influirá sobre la esfera económica.

Si evaluamos el comportamiento norteamericano, vemos que más allá del depósito de los fondos adeudados a Naciones Unidas (y que atentaban contra el financiamiento de esta institución) vaya a saber con qué propósito, no se divisa a los EEUU con un rol futuro de participante en procesos de salvataje financiero a países periféricos. Además del nuevo rumbo en las prioridades de política económica, la depresión en el nivel de actividad de la economía de EEUU (que impacta sobre el nivel de consumo y la tasa de inversión) sumada a la incertidumbre en los mercados y a la problemática petrolera (en cuanto al agotamiento y a la provisión de este recurso), pueden provocar la tan temida recesión endémica estructural que arrastre mediante un efecto "dominó" o contagio a las restantes economías del mundo.

Otra duda que plantea la economía de la superpotencia mundial, es descifrar si los costos financieros emanados del ataque e invasión a Afganistán podrán ser sobrellevados si se dilata el conflicto, y particularmente si éste se extiende a otras latitudes. Sin embargo, el problema económico estadounidense viene teniendo síntomas preliminares desde los finales de la Administración Clinton, quien se encargó de "esconder bajo la alfombra"

ciertos parámetros macroeconómicos inquietantes. El cierre de empresas y el despido masivo de trabajadores, ya no son temas ajenos e intrascendentes para el gobierno de Bush.

Pero si la retracción económica se apodera de la "locomotora" mundial, qué será de las economías débiles y emergentes que vienen en el "vagón de cola" sin posibilidad alguna de adoptar medidas autonomizantes e inconexas de los EEUU.

Por lo expuesto en el comienzo de este análisis, alguien puede inferir como hipótesis que otro actor internacional

Cómo resolverían las economías de los países más pobres, la ecuación de un mercado interno deprimido y endeble con un contexto de retracción en el volumen del intercambio comercial mundial

pueda tomar las riendas del liderazgo económico internacional, que alguien pueda atribuirse ese rol protagónico. Está claro que la Unión Europea y el Japón por ejemplo, no están en condiciones de hacerlo.

Es por ello, que en relación a lo referido, una caída abrupta de la economía estadounidense se torna peligrosa para el desenvolvimiento de las relaciones económicas internacionales en el futuro. Cómo negar que esta alternativa no pueda afectar el volumen de intercambio comercial (si México y los países del Sudeste Asiático lo están experimentando en la actualidad). Con este panorama, cuál sería la consecuencia directa ante la eventualidad de que la primer economía mundial tienda a cerrarse y a profundizar los intentos de proteccionismo. Cómo resolverían las economías de los países más pobres, la ecuación de un

mercado interno deprimido y endeble con un contexto de retracción en el volumen del intercambio comercial mundial.

El proteccionismo de las economías centrales no resuelve la desaceleración: agudiza la pobreza y la exclusión social

Si las economías de los países centrales empiezan a cerrarse (renunciando a los postulados del liberalismo económico internacional), cómo subsistirían las deprimentes economías periféricas que ven al financiamiento internacional y a la vinculación comercial estrecha como únicas alternativas. Si un caso testigo como la Intifada Palestina afectó en su oportunidad a la relevante economía israelí (por la merma en el contingente de trabajadores palestinos que desarrollaban actividades en Israel), cómo puede no alterar en forma global una restricción en el grado de apertura de las economías de los países centrales.

En concomitancia con la retracción económica, la tendencia a la concentración del ingreso, el ensanchamiento de la brecha entre ricos y pobres, la incipiente exclusión social, la marginalidad y las deficiencias sanitarias y educativas son moneda corriente, y constituyen problemáticas comunes de la gran mayoría de los países del contexto internacional (indicio de esto es la agudización de la brecha en el nivel de ingresos de los norteamericanos mayores de 50 años dada a conocer recientemente).

Si a la pobreza estructural adicionamos el factor de los movimientos migratorios y la concentración en espacios urbanos saturados demográficamente (como lo experimenta en la actualidad el contingente de refugiados afganos instalados en Pakistán, o la fuga de europeos del este o africa-

Un gran porcentaje de la población mundial permanece aislada y marginada de las pretendidas ventajas del modelo neoliberal, pero estas personas estarán más excluidas comparativamente, ante un hipotético modelo proteccionista y cerrado que restrinja aún más la libre traslación de personas además del libre movimiento de bienes y del comercio internacional

nos hacia la Europa Occidental), la delicada situación social interna de cada nación en particular va a tender a agudizarse.

Un gran porcentaje de la población mundial permanece aislada y marginada de las pretendidas ventajas del modelo neoliberal, pero estas personas estarán más excluidas comparativamente, ante un hipotético modelo proteccionista y cerrado que restrinja aún más la libre traslación de personas además del libre movimiento de bienes y del comercio internacional. Lo inquietante es que históricamente, las economías en crisis han tendido a aislarse y a cerrarse, priorizando el desarrollo del mercado interno (impulsor de los parámetros de consumo). El interrogante es establecer si países con un modelo de crecimiento o desarrollo hacia fuera (como los del Sudeste Asiático particularmente), podrán sobrellevar sus respectivas estructuras económicas (que ya tambalean ante la retracción de las importaciones por el menor nivel de actividad). Una ola de proteccionismo comercial sería un golpe súbito para los modelos económicos de crecimiento hacia fuera.

Más complejo es el caso de las economías latinoamericanas, sin un mercado interno de significación que les permita aplicar un modelo de crecimiento hacia adentro, pero carentes

además de atributos competitivos en su estructura de exportación que ni siquiera las hace soñar con el desarrollo de un modelo de crecimiento hacia fuera (ante las barreras arancelarias y paraarancelarias impuestas por los países centrales como mallas de contención al ingreso de bienes).

Otra cuestión a resaltar es la crisis de los procesos de integración económica. La Unión Europea fue un éxito económico en su oportunidad, pero el tema de libre movimiento de personas dentro de la Unión y el de coordinación de las políticas exteriores y de seguridad común, crean rispideces y tensiones en el conglomerado europeo. La ASEAN observa impotente y pasiva cómo se deprime el volumen de intercambio comercial y la capacidad de su mercado. El NAFTA padece la dependencia extrema de la primer economía mundial (ahora en crisis), provocando el cierre de empresas, despidos masivos y problemas sociales de relevancia en el contexto interno mexicano (socio comercial y geopolítico prioritario de los EEUU). El MERCOSUR inmerso en la lucha dialéctica de subsistencia originada por la rivalidad de los principales socios comerciales (Brasil y Argentina), y la carencia de posturas homogéneas para afrontar el ALCA.

Lo pasible de recalcar, es la tendencia a abandonar los intentos de integración económica en favor de los procesos de integración en materia de defensa y seguridad (pueden citarse como indicios concretos de esto, el Acuerdo entre Rusia y China similar en cuanto a su concepción y naturaleza al suscripto por EEUU y Japón en la posguerra mundial; o el no menos relevante grupo de Shanghai que busca aislar a EEUU de determinadas áreas de influencia). La carencia de impulso de los emprendimientos de integración económica sumada a la tendencia de proteccionismo imperante (mu-

chas veces en contrario de lo estipulado por la normativa de la Organización Mundial del Comercio), plantea un profundo interrogante en cuanto al futuro de las relaciones económicas internacionales en este nuevo milenio.

La solución integral no tiene que ver con pasar de estadios de liberalismo económico puro o extremo a contextos de proteccionismo a ultranza y viceversa, ni con graduar unilateralmente los márgenes de apertura de una economía.

Las ideas de proteccionismo y de economías cerradas, pueden implicar indirectamente también exclusión. La retracción del nivel de actividad económica, las circunstancias estructurales de pobreza, los problemas sociales

endémicos, la marginalidad y la exclusión, no se subsanan con más exclusión y cierre de fronteras. Que las restricciones a la libre circulación de las personas (a través de actitudes y legislaciones xenófobas para limitar el corriente migratorio) no se extienda al libre movimiento o flujo de bienes y mercancías.

Concluyendo, recordemos la anécdota de Nerón que en pleno incendio de la majestuosa Roma tocó la lira; no permitamos que en estos tiempos de recesión económica mundial (y con la complicidad manifiesta de los países centrales) el mundo se nos "incendie" ante nuestros propios ojos...

